

JACQUES GALINIER O LA METAFÍSICA NOCTURNA: APUNTES PARA UN HOMENAJE

Jacques Galinier. 2025. *Reflexividad y desasosiego: Una revisión de la metafísica otomí*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

Saúl Millán*

Tarde o temprano, cualquier lector termina por enfrentarse con esos libros que promueven la reflexividad y provocan el desasosiego. Suelen ser textos que no nos dejan dormir, ráfagas inquietantes que atentan contra el sueño y que nos dejan en un estado de interrogación prolongado, como si su lectura estuviera prevista en el amplio abanico de nuestras dudas. En nuestro medio, en efecto, no es frecuente encontrar obras que reflexionen sobre su propia trayectoria y extiendan la mirada hacia un horizonte de cincuenta años, subrayando los errores y marcando los aciertos. Poblado de inquietudes y meditaciones, recuerdos y confesiones personales, el último libro de Jacques Galinier es el punto de inflexión en el que un etnógrafo recorre sus propios pasos y rememora, con las ventajas de la *regard éloigné*, los numerosos encuentros que permitieron consagrar una vida académica a los pueblos otomíes, cuyas costumbres enigmáticas tan solo se descifran en su metafísica inherente. Fruto de una larga maduración que impide digerir el texto en una sola lectura, *Reflexividad y desasosiego* no es, por lo tanto, una obra para principiantes. El lector que visite sus páginas deberá comprender que las exigencias del análisis obligan a abandonar el argumento lineal, el estilo monográfico y la pedagogía introductoria para dar cabida a una etnografía que avanza mediante círculos y espirales, sin que ningún aspecto del mundo otomí agote sus posibles interpretaciones.

Debido a que se basa en una experiencia única, argumentaba Sperber (1981), cada etnografía debería de repensar el género etnográfico, al igual que cada novelista legítimo repiensa la novela. Como



* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, smillan2401@gmail.com.

esos autores que modifican el ángulo de observación, Galinier altera la estructura argumentativa de sus estudios anteriores para ofrecernos un libro que es a la vez anecdótico y metafísico, ya que un conjunto de episodios en apariencia triviales sirve de soporte para reflexiones extremadamente elaboradas. Entre *Pueblos de la Sierra Madre* (Galinier 1987) y la revisión de la metafísica otomí hay algo más que cuarenta años de distancia. Si el primer libro elude las corrientes intelectuales del momento y se ciñe a los términos de la monografía clásica, su último ensayo inaugura una nueva modalidad en la que la etnografía no está al servicio de la descripción, sino de la teoría. El lector no encontrará, por lo tanto, inventarios pormenorizados del carnaval, descripciones detalladas de los ritos terapéuticos o imágenes pedagógicas del nahualismo, pero asistirá, en cambio, a un diálogo entre la filosofía occidental y la teoría otomí sobre el inframundo. Si esta etapa de su reflexión lo llevó a elegir la opción metafísica, abandonando así la etnografía descriptiva, es porque el autor está convencido de que los «otomíes han elaborado un sistema filosófico que hace eco de la metafísica occidental» (63), aun cuando se corre el riesgo de «nativizar» (107) las categorías filosóficas para resaltar los puntos de coincidencia entre los dos sistemas de pensamiento.

Al elevar el discurso local al rango de una teoría, capaz de reflexionar sobre la esencia y la apariencia del mundo, el nuevo libro de Jacques Galinier modifica sustancialmente el eje conceptual por el que suelen transitar nuestras comparaciones habituales. Ya no se trata de establecer analogías entre el ritual de tal sociedad y las costumbres de una comunidad distante o vecina, sino de colocar sobre un mismo plano las narrativas ajenas y las metafísicas conocidas. Esta tendencia parecía previsible en un autor que hace treinta años buscaba ya equivalencias entre la teoría psicoanalítica y el discurso subversivo de un personaje del carnaval conocido como «viejo costal», un *alter ego* del Diablo que constantemente aparece como una modalidad del inconsciente freudiano, opuesto a la conciencia y en conflicto con ella. Desde su punto de vista, lo atractivo de la obra freudiana no residía tan solo en la teoría que le es subyacente, sino en las afinidades secretas que mantenía con el pensamiento otomí a propósito de los sueños, la castración o la ética del deseo, donde ambos pensamientos convergen. A pesar de las reservas de sus colegas, cuyas opiniones lamentaban que se echara a perder el archivo etnográfico en pos de una metapsicología sin fundamentos, Galinier retomó la idea de que era posible transitar de la etnografía a la antropología psicoanalítica y, en *El espejo otomí* (Galinier 2009), reprochó a los estudios mesoamericanos pasar por alto la vida emocional en las sociedades indígenas, como si la etnografía tuviera que interesarse en poblaciones sin afectos. En publicaciones

anteriores había ya advertido que el antropólogo no debe desdeñar las glosas contradictorias, esas exégesis «internas» que están hechas de comentarios desordenados, juegos de palabras, chistes y pequeñas historias que circulan entre los mismos indígenas sin que el antropólogo las solicite. Al abandonar el cuestionario habitual, sobre el cual suelen construirse las exégesis externas, nuestro autor comenzó a vislumbrar la ruta de un nuevo campo de reflexión que resultaba menos provechoso en términos de la acumulación de datos, pero más adecuado para transitar los abruptos caminos de la sierra hacia los «misterios de la noche», donde según Galinier residen las claves de una metafísica otomí.

Los ensayos posteriores a *El espejo otomí*, publicados entre 2011 y 2016, incurrir en un campo a todas luces inesperado que no figuraba en los manuales de etnografía que solemos recomendar a los estudiantes. Aunque el tema había sido ampliamente comentado por filósofos, místicos y poetas, la noche era una especie de límite epistemológico ante el cual la antropología cerraba los ojos para despertar solamente ante los eventos del alba, excluyendo así el análisis de la otra mitad del mundo. No se trataba simplemente de extender el programa de investigación del día hacia una posible antropología de la noche, sino de entender la especificidad de los eventos nocturnos en el marco de culturas específicas, como justamente advertían Monod Becquelin y Galinier (2016). La hipótesis consistía, por lo tanto, en advertir que las sociedades proyectan en el sueño un conjunto de ideas, creencias y representaciones que no son ajenas a las concepciones generales del cosmos y que, acaso, contienen las claves de su propia arquitectura. Entre una antropología diurna y otra nocturna existiría, por lo tanto, una relación semejante a la que han mantenido la filosofía y el psicoanálisis, preocupados por la conciencia y el inconsciente como elementos antagónicos de la persona. Condenadas a relacionarse, el psicoanálisis y la antropología serían disciplinas que convergen en los aspectos oscuros del discurso que el analista trata de volver inteligibles.

Podríamos sospechar que este entusiasmo por la noche, el inconsciente y el inframundo no solo proviene de la importancia que el psicoanálisis concede a la vida onírica, sino de una preocupación que ha recorrido la obra de Jacques Galinier durante los últimos años y que se ha convertido en su interrogante preferida: ¿En qué piensan los otomíes? Una larga convivencia con los pueblos de la sierra lo ha llevado a concluir —en la obra reseñada— que el pensamiento indígena enfoca su atención en la podredumbre, una matriz conceptual a partir de la cual se «despliega una serie de cuestiones sobre la existencia, el origen y el porvenir de la humanidad» (120). Después de todo, los otomíes expresan con

frecuencia la idea de que existe un pensamiento diurno que es diferente al de la noche, donde reside la verdad del universo, que tiene una apariencia doble. En el orden de las representaciones diurnas, el polo masculino ocupa una posición de preeminencia que comparte con la divinidad solar, la época del estío y la parte superior del cuerpo humano. Esta, sin embargo, es solo la mitad del mundo. Mediante un dualismo que está lejos de ser simétrico, las representaciones nocturnas conceden, en cambio, una importancia singular al polo femenino, la parte inferior de la anatomía y los secretos del inframundo, donde el Diablo ostenta el monopolio de la verdad bajo un régimen que no admite apelaciones ni censura. La idea central de Galinier (1990) residía, en efecto, en comprobar que este dualismo asimétrico tenía la propiedad de organizar un balance entre los dos polos y asumir la preeminencia provisional de uno sobre el otro, de tal manera que el equilibrio sería tan solo aparente. Todos los ejemplos examinados en la obra dejan entrever que la asimetría entre el día y la noche, lo masculino y lo femenino, lo alto y lo bajo, han sido concebidas en términos de una jerarquía provisional que alterna los ámbitos de su dominio. Si una oposición simétrica es necesariamente invertible, como había señalado Dumont (1987), la oposición asimétrica produce una inversión significativa que ya no es la misma de la oposición inicial. El dualismo asimétrico de los otomíes era, en consecuencia, un dualismo en constante desequilibrio que impedía pensar en un mundo armónico y estable, como habían sugerido obras anteriores.

A pesar de sus ideas germinales, *La mitad del mundo* es una obra que se mueve dentro de los modelos clásicos sobre el dualismo, lo cual permite a su autor examinar la jerarquía piramidal de los centros ceremoniales, la estructura de los sistemas de cargos o la proyección espacial del dualismo cosmológico en la organización territorial de las mitades, mediante un análisis que seguía las huellas de Lévi-Strauss y Louis Dumont. En este tipo de configuración, en efecto, aún prevalece el antiguo modelo de bipartición del cuerpo y el cosmos que Alfredo López Austin (1980) había previsto, donde la oposición toma la forma de una polaridad complementaria. Lo que tenemos ahora es algo relativamente distinto. En vez de un dualismo asimétrico, basado en oposiciones estructurantes, el nuevo libro de Jacques Galinier nos propone un «dualismo crítico» a partir del cual se despliegan juegos de oposiciones que no corresponden a las versiones estructurales de separación e inversión, sino a fórmulas dinámicas que se sustentan en categorías inestables. En todo caso, se trata de un dualismo de geometría variable que remite a una visión dinámica de la historia, así como a una «reflexión desconcertante sobre las condiciones de oscilación de las polaridades que conforman el

cosmos» (254). La noción local que facilita esta dinámica es la de *nzabki*, un término otomí que se asocia a la vez a la fuerza vital y a la figura del Diablo, cuyo rango universal le permite constituirse en el factor común de todos los existentes. Por esta razón, sin *nzabki* no habría universo posible. «El *nzabki* —observa Galinier en esta obra— afecta las polaridades del cosmos en conflicto y se desplaza de manera pendular de un punto a otro» (247), provocando un constante desequilibrio en las categorías referenciales y las dicotomías habituales. En consecuencia, concluye nuestro autor, «podemos considerar que no existe ninguna forma originaria que represente el principio de los pobladores del universo», ni mucho menos una forma estática que contravenga las creaciones eternamente cambiantes del *nzabki* como fuerza vital que anima el cosmos. Desde esta perspectiva, la realidad se caracteriza esencialmente por el devenir, de tal manera que las categorías de flujo, dinámica y transformación serían más relevantes que las de orden, lógica y estructura.

Al igual que la filosofía azteca examinada por James Maffie (2014), la metafísica otomí rechazaría los dualismos ontológicos para favorecer un punto de vista monista, ya que las formas binarias se referirían a la unidad del *nzabki* en sus distintas manifestaciones. No estaríamos, por lo tanto, en presencia de un politeísmo ancestral, poblado de divinidades benefactoras, sino de un panteísmo perdurable en el que la variedad de las formas que expresan la unidad puede ser infinita, sin que exista un panteón definido con un número acotado de deidades. Se trataría, en consecuencia, de un *monismo constitucional* que estaría definido por la figura del Diablo como soberano de la verdad, la única figura capaz de condensar todas las capacidades cognoscitivas de los humanos. Para los otomíes, en efecto, resulta evidente que el diablo satura todos los campos de la cognición. El problema se complica cuando consideramos que, ontológicamente, el Diablo no tiene ninguna consistencia estable, ninguna manifestación específica. Su don de ubicuidad, nos alerta Galinier, expresa constantemente el pensamiento de la duda, la inestabilidad y la incertidumbre. ¿Se trata, por lo tanto, de un diablo cartesiano, convencido de que la única certeza posible es la duda? De ninguna manera, diría nuestro autor, porque la filosofía cartesiana alude necesariamente a una metafísica dura, modelada con los materiales de la filosofía occidental, mientras que la del Diablo otomí es por definición una metafísica fluida que propone un movimiento pendular entre ocultar y mostrar, entre el juego constante de las apariencias y la realidad. Si el dualismo cartesiano fija la distinción entre la *res cogitans* como conciencia y espíritu, fundamentalmente separada de la *res extensa*, la metafísica diabólica de los otomíes suprime la distancia entre

ambos dominios y formula una filosofía sensorial, centrada en las categorías del cuerpo, el sexo y la podredumbre. En una metafísica que se negocia en términos de procesos, transformaciones y devenires, los otomíes practicarían una especie de *philosophy in the flesh*, una filosofía de carne y hueso en la que es el cuerpo, y no la mente, la condición para el conocimiento del mundo. De ahí que no deba sorprender la aplastante presencia del Diabolo en el nuevo libro de Jacques Galinier porque esta figura abre la reflexión a una disciplina nativa que se asemeja a la filosofía occidental, pero solo en la medida en que refleja una metafísica invertida.

Si lo más importante en cualquier tradición filosófica consiste en elaborar nuevos conceptos, inéditos para las generaciones anteriores y rentables para las generaciones futuras, entonces la metafísica otomí puede ser reconocida como un formidable instrumento filosófico en su propio derecho, capaz de ampliar los horizontes etnocéntricos de nuestra propia filosofía. En este sentido, conviene recordar que los etnólogos tenemos una ventaja significativa frente a aquellos colegas que provienen del campo de la filosofía. Cuando nosotros nos hacemos alguna pregunta, ya sea mundana o metafísica, siempre podemos interrogar a los pueblos que estudiamos sobre lo que ellos opinan al respecto. Para los filósofos, por el contrario, siempre es importante encontrar ellos mismos la respuesta mediante los métodos consagrados en su disciplina, ya sea la introspección, el análisis conceptual o la crítica. Viveiros de Castro (2010), a quien debemos esta sutil distinción, se ha preguntado, además, qué es lo que hemos aprendido de las poblaciones nativas que tradicionalmente estudia la antropología. Interrogando a sus interlocutores, escudriñando las exégesis internas que a menudo afloran en los caminos y las cantinas, Jacques Galinier ofrece hoy una respuesta: hemos aprendido un modo distinto de conceptualización. Las lecciones del pensamiento indígena se expresan así en una nueva etnografía que acerca los conceptos locales al campo de la teoría, con la intención de que el método etnográfico finalmente aporte algo valioso a la propia antropología, esa disciplina que normalmente recibe conceptos inapropiados y cuestiones irrelevantes. Dado que esta aportación no reside en datos, sino en la manera de tratarlos, podemos considerar el último libro de Jacques Galinier como una obra que está lejos de ser culminante, en el sentido de que inaugura una nueva modalidad en el horizonte de los estudios mesoamericanos. Mi impresión, sin embargo, es que esta modalidad se inscribe en una tendencia subyacente que afecta en general a nuestra disciplina. En pocos años, en efecto, hemos pasado de una antropología de las estructuras, las diferencias y las clasificaciones, a una etnografía de los flujos, la continuidad y el devenir. Detrás de la antropología de Lévi-Strauss se proyecta la sombra de la filosofía

de Gilles Deleuze, esa cara oculta de la «luna estructuralista» que se vuelve cada día más visible. Podríamos, por lo tanto, concluir que de esa corriente de ideas se desprende una visión de conjunto que el propio Lévi-Strauss anunciaba como un «asombroso retorno de las cosas», al advertir que la filosofía vuelve a ocupar el centro del escenario, aun cuando no se trata ya de esa filosofía de la cual su generación trató de desembarazarse con la ayuda de los pueblos exóticos, sino, justamente, de la filosofía de ellos. Es necesario celebrar el hecho de que el nuevo libro de Jacques Galinier haya logrado ese retorno, colocando a los pueblos mesoamericanos en el banquete de la metafísica contemporánea.

Referencias

- Dumont, Louis. 1987. *Ensayos sobre el individualismo: Una perspectiva antropológica sobre la ideología moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- Galinier, Jacques. 1987. *Pueblos de la Sierra Madre: Etnografía de la comunidad otomí*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- . 1990. *La mitad del mundo: Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos / Instituto Nacional Indigenista.
- . 2009. *El espejo otomí: De la etnografía a la antropología psicoanalítica. Etnografía de los Pueblos Indígenas de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia / Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- López Austin, Alfredo. 1980. *Cuerpo humano e ideología: Las concepciones de los antiguos nahuas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Maffie, James. 2014. *Aztec philosophy: Understanding a world in motion*. Boulder: University Press of Colorado.
- Monod Becquelin, Aurore, y Jacques Galinier, eds. 2016. *Las cosas de la noche: Una mirada diferente*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Sperber, Dan. 1981 «L'interprétation en anthropologie». *L'Homme* 21 (1): 69-92.
- Viveiros de Castro, Eduardo. 2010. *Metafísicas caníbales: Líneas de antropología postestructural*. Madrid: Katz Editores.